

San José, campeón de humildad y ejemplo altísimo

Por MIGUEL GARCIA BARO

Estando la Virgen en edad de casarse, como muchas doncellas con las que se había criado en el Templo de Jerusalén, dijo que no había de hacerlo por el ofrecimiento anterior de su virginidad a Dios. Y esto fué cosa nueva, porque en aquel tiempo no había mujer que no deseara casarse y tener hijos para participar de algún modo en el linaje de Redentor, cuya venida se esperaba. Los Sacerdotes y Letrados se juntaron para determinar qué se haría sobre el caso, y uno de ellos tuvo revelación divina de cómo se desposaría la Virgen: se reuniría a todos los varones por casarse del linaje de David en el Templo, llevando cada cual una vara en la mano, y aquélla que floreciese señalaría a su dueño por esposo de María. Y floreció la vara de José.

Este justo varón ya había proferido con santa impaciencia quejas enardecidas al ver que se extinguía su estirpe sin el Fruto profetizado: «¡La sangre de los Davides que me circula por las venas hierve, Señor, al ver su Reino acabado!» «¿Dónde están los juramentos y promesas que le hiciste de que no saldría el Cetro de su casa ni el Bastón de Mando de su puño hasta que viniese el Rey Eterno y Monarca de los Siglos?» «¡Oh, Señor, invía ya el Salvador que esperamos!» San José expresaba con este barroquismo dieciochesco—que podéis comprobar en libros piadosos apergaminados y roídos de por esas bibliotecas—una recia ternura propia de varón señalado por el dedo de Dios para padre putativo del Hijo.

Pero del buen carpintero que así mueve las plumas ingenuas de los comentaristas ha quedado rodando en el tiempo, temblando ante nosotros, hecha cifra y casi dato, esta segura verdad: que el Patrono de la Buena Muerte, el de los dolores y los gozos, el *españolísimo* San José, resulta un adalid del silencio, de la oscuridad y la modestia; un campeón de humildad, activo y contemplativo, adorador y artesano, que deja pocas estelas de rigor histórico para estudios y para investigaciones. Resulta un hombre callado, como evitando ya futuras monografías; apto especialmente por eso para que cada uno de los fieles se lo represente adivinándolo con amor.

De ahí, por ejemplo, ese ingenuo empeno de agobiarlo de años en su barba profusa y blanca, casi ya tópica para los pintores. Y es que esta representación habitual procura aún más gráficamente para San José toda esa afabilidad y esa honesta madurez proverbialmente suyas. Y, sin embargo, puede conjeturarse razonablemente, con muchos autores, que en aquella Nochebuena fundamental del mundo la edad del Patriarca era sólo de cuarenta años

y que estaría llegando a los sesenta y nueve cuando el dulce Jesús, que asistía con la Virgen a su muerte, le cerraba los ojos y mandaba a los ángeles llevarlo al seno de Abraham, donde él anunciaría jubiloso la ya inminente Redención traspasada del dolor del Calvario.

Fijaos: José mereció señaladamente esta muerte inefable por su vida limpiísima. Recordad sus tribulaciones y angustias mientras ignoraba la «obra y gracia» del Espíritu Santo en el cuerpo de María, y cómo fué premiado su buen juicio y su pasiva perplejidad con la revelación angélica. Con palabras así como éstas, todo poesía y temblor: «José, hijo de David, no temáis, que aquí seguro está el campo...»

Y José mereció sobre todo—siete mil gozos juntos—tener a Dios en sus brazos. Imaginad cada uno de vosotros la escena: el Niño lloraba algún momento, y entonces lo tomaría su padre nutricional, pasmado de amor, con sus manos callosas y sus fuertes brazos reblandecidos de emoción; sería entonces el hacerle esos ges-

tos únicos y pintorescos de los padres a los hijos; sólo que aquí, por tratarse del Hijo con alta mayúscula, necesitarían ser de una ingenuidad y de un candor absolutamente inefables. San José, de un lado para otro, mecería al niño, lo arrullaría y le cantaría para dormirlo, o inventaría simples historias que, aunque no entendiera el Niño tan chiquitín, le complacerían por su acompañamiento mímico. Y de pronto el Sol sonreiría satisfecho a sus padres, San José quedaría como encandilado con su triunfo y María, terminada de coser la ropita, contemplaría el cuadro envolviendo a los dos con una mi-

rada amorosísima... Ved a San José así. Imaginadlo así. Aproximadamente, como cada uno sepáis pintarlo dentro de vosotros mismos con un corto esfuerzo de imaginación. Si descendéis un poco, si os hacéis más humildes, la visión borrosa de José podréis ya irla perfilando. Revestíos de bondad y lo tendréis más cerca. Purificaos, aniñaos, fortaleced vuestra virtud; entonces referiréis vosotros mismos, sin que os lo explique nadie, cómo era San José.

Y al ver clara su imagen, ya para siempre cogida a las retinas de vuestro espíritu, mezclados sus dolores y gozos que a él le depusieron en lógica resultante tan buena muerte envidiable y excepcional, tomad este ejemplo de José para la vida vuestra y caminad resueltamente por ella en la confianza de que a su fin Jesús, la Virgen y José os estarán esperando para cerraros los ojos con un beso y llevaros luego en volandas a la gloria. Así sea.

